

Identidades de género, feminismo, sexualidad y amor: Los cuerpos como agentes

Gender Identities, Feminism, Sexuality and Love: Bodies as Agents

Mari Luz ESTEBAN GALARZA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
ml.esteban@ehu.es

Recibido: 7.10.08

Aprobado: 16.12.08

RESUMEN

En este artículo se analizan la influencia de la sexualidad y el amor en la conformación y cambio de las identidades de género, así como las interrelaciones entre las opciones y preferencias de las personas y sus prácticas sexuales y amorosas concretas. Asimismo, se defiende la idea de que hay que entender el género, la corporeidad, la sexualidad y el amor como formas de “estar” en el mundo y como ámbitos conceptuales y experienciales separados entre sí pero estrechamente interrelacionados. Todo ello a partir del análisis de los relatos de dos mujeres feministas, entrevistadas en el marco de un estudio etnográfico sobre el amor romántico.

PALABRAS CLAVE: Género, cuerpo, sexualidad, heterosexualidad, amor.

ABSTRACT

This article analyzes, on the one hand, the influence of sexuality and love in the construction and change of gender identity as well as the interrelations between the options and preferences of the persons and his/hers concrete sexual and affectionate practices. On the other hand, from our point of view gender, corporeity, sexuality and love are ways of “being” in this world and also conceptual frames and experiences separated but, at the same time, narrowly inter related. The analysis is based on the descriptions given by feminist women interviewed in the frame of an ethnographic study of romantic love.

KEYWORDS: Gender, body, sexuality, heterosexuality, love.

SUMARIO

1. Amaia: la atracción heterosexual como centro de la pasión amorosa, vital e intelectual. 2. Begoña: identidad y experimentación plurisexual pero incertidumbre amorosa 3. Género, cuerpo, sexualidad y amor como formas de “Estar” en el mundo. 4. La sexualidad como discurso crítico y práctica encarnada y dinámica. 5. La necesidad de abordar el amor como pensamiento, emoción y acción. 6. La heterosexualidad como norma y opción: transgresiones feministas. 7. Amor, sexualidad y emancipación: articulaciones y rupturas. Reflexiones finales. Bibliografía.

En este artículo se analizan la influencia de la sexualidad y el amor en la conformación y cambio de las identidades de género, así como las interrelaciones entre las opciones y preferencias de las personas y sus prácticas sexuales y amorosas concretas. Para ello, se parte de los casos de dos mujeres feministas entrevistadas en el marco de un estudio sobre el amor romántico¹, dos narrativas y experiencias muy distintas que, precisamente por ello, nos permiten ilustrar de manera óptima los argumentos que se quieren defender².

Ambas mujeres pertenecen a generaciones y contextos familiares diferentes y tienen distintos itinerarios sexuales y amorosos. La primera, que llamaremos Amaia, tiene 65 años, es de familia acomodada, tiene una trayectoria exclusivamente heterosexual y tiende a mantener relaciones monógamas estables; la segunda, Begoña, tiene 32 años, procede de una familia obrera en la que el padre maltrataba a la madre, se define como plurisexual y es muy crítica con la monogamia. Dos mujeres, por tanto, contrapuestas, aunque comparten una característica: ser muy reflexivas y muy críticas con la sociedad y con su propia vida, lo cual tiene que ver, entre otras cosas, con su militancia política y feminista.

Una vez realizada la descripción de los dos casos se presentan algunas ideas en torno a cuatro grandes nociones y ámbitos de la vida: género, cuerpo, sexualidad y amor, que son entendidos como diferentes y autónomos pero a la vez estrechamente interrelacionados. Se defiende que algunas transformaciones epistemológicas, culturales y vivenciales que se están dando en Occidente a estos cuatro niveles se

retroalimentan y potencian mutuamente, lo que nos permite avanzar en un análisis social que dé toda la relevancia a la reflexividad como condición de la práctica (Ferreira, 2004), a lo corporal/emocional como lenguaje de lo social, a lo individual como representante de lo colectivo, y a lo híbrido como condición de un mundo que puede ser des-generizado y transformado (Esteban, 2008). Al hilo de estas consideraciones, se irán intercalando algunas observaciones sobre los dos casos.

1. AMAIA: LA ATRACCIÓN HETEROSEXUAL COMO CENTRO DE LA PASIÓN AMOROSA, VITAL E INTELECTUAL

Amaia tiene 65 años, lleva el pelo corto, con mechaz azules y un poco ahuecado, es menuda y viste ropa juvenil. Gesticula y te mira desde detrás de sus gafas con ojos vivarachos. Es una persona erudita que va entretejiendo en el relato de su vida continuas referencias literarias, filosóficas y políticas. Acaba de jubilarse y dice estar muy centrada en el presente.

Hija única de una familia católica de clase media-alta, nació en el extranjero pero hizo sus estudios universitarios en el Estado Español. Mantuvo con su padre una relación de amor/odio, hasta que la solidaridad prevaleció sobre el odio por la dignidad con la él que supo acabar sus días. Hace diez años, tras 25 años de convivencia, se divorció de su marido, su gran amor, con el que había compartido militancias y debates intelectuales. Después de un duelo

¹ Se trata de una investigación titulada "Amor, salud y desigualdad: identidades de género y prácticas de mujeres", llevada a cabo por tres investigadoras: Mari Luz Esteban (antropóloga y coordinadora), de la UPV-EHU, y Rosa Medina Doménech (historiadora) y Ana Távora (psiquiatra), ambas de la Universidad de Granada. El estudio pertenece al Programa I+D+I (Instituto de la Mujer, exp. 102/2004).

Mi parte se ha centrado en el análisis de la experiencia de mujeres feministas y hombres relacionados amorosamente con mujeres feministas. Han sido entrevistadas 15 mujeres seleccionadas de acuerdo a distintas variables (edad, clase social, preferencia sexual, experiencia amorosa y de convivencia) y 3 hombres. Cada persona fue entrevistada una media de 3 a 5 horas y, en general, se llevaron a cabo dos entrevistas por persona.

Se pensó, y así resultó ser en la práctica, que las mujeres feministas podían ofrecer una visión más compleja del seguimiento de los mandatos culturales en torno al amor, así como vivencias alternativas y propuestas de cambio.

² Hay que tener en cuenta que la metodología antropológica, en la que se basa este análisis, permite explicar pero sobre todo comprender los distintos fenómenos humanos. Para ello, la persona que investiga se centra en una comunidad o un colectivo concreto, o bien selecciona algunos casos con una alta representatividad social (no estadística), en los que profundiza. Los datos así obtenidos propician un conocimiento cualitativo y complejo de la realidad, solo accesible de este modo, así como la generación de nuevas preguntas e hipótesis de trabajo.

intenso y doloroso se introdujo en foros de internet donde conoció a su actual novio, con el que comparte su afición por el cine, los espectáculos, la música y los viajes. Vivir en pareja es para ella la situación ideal. Tiene dos hijos ya autónomos y todos los días visita y cuida a su madre ya mayor.

En la dictadura saboreó la clandestinidad y forma parte de una generación que vivió el establecimiento de la democracia con entusiasmo, primero, y desencanto, después. Echa de menos la pasión con la que se vivía la política cuando era joven, pero sigue interesada en ella y participa en el movimiento feminista.

Se siente mujer como algo “ineludible”, que le ha tocado, ha asumido y le ha servido de “aguijón para luchar en la vida”, aunque haya sido consciente también de sus limitaciones por ser mujer; se regocija por los cambios que observa en las mujeres y ve a los hombres un poco recelosos y “tratando de ser los más progres de los progres”.

Para ella el amor es una “pulsión vital elemental, eros y thanatos”: vivir sin amor

“... es como si uno se seicara, es árido, es como si no pudieras separar el paladar de la lengua, que tuvieras cadenas entre medio de todo, entre los sentimientos, y todo chirriara”.

Se define como una obsesa del amor, que nunca vio a sus padres besarse y que siente cierta contradicción por no haber podido mostrar su cariño hasta hace poco a sus hijos y a sus padres: “jansenismo vasco, antilatínismo”, lo denomina. Una historia de amor, la de sus padres, que es un referente significativo en su educación sentimental, por la fidelidad y la incondicionalidad de la que fue testigo.

Y tiene claras sus prioridades musicales respecto al amor; admira a Edith Piaf:

“Es lo más sensual que he oído en la vida, es maravillosa. Es... cómo lo diríamos... sin embargo es lo contrario de lo que se supone que debería de gustar a una feminista...”.

Define el enamoramiento como un “estado de gracia” que ha vivido 3 o 4 veces y que ahora le dura menos porque es más reflexiva y “se agarra más a sí misma”:

“Como un fogonazo... es el flechazo y es como un no vivir en ti misma, es verlo en todos los sitios, es el teléfono, el oírlo aunque no esté sonando, es sentir sus caricias aunque él no esté, aunque hayan pasado dos semanas, es un enajenamiento. Es un momento muy fugaz, porque una, por lo general, toda su vida, primero es una y luego los demás, no hay duda. Pues, en ese momento fugacísimo, no es una lo primero, a no ser que sea... (..) ... si hay adversidades, pues entonces, la pasión es ir contra esas adversidades. Y entonces, irrumpe la pasión como una barra de fuego en terreno vedado, enemigo o lo que sea. A mí me pasó eso con mi primer amor. Una cosa de película. Era un muchacho que estaba en el Opus Dei, y era uno de éstos que estaba ya para cantar misa (...) Lo saqué de cura, y ese luchar contra todas las adversidades...”.

Y vivió su divorcio como una auténtica mutilación:

“Para cuando te has dado cuenta... (...) El desamor lo ves cuando ya se ha convertido en una especie de monstruo gigantesco que está ahí en medio, tú estás en una orilla y el otro está en la otra...”.

Ha ido perfeccionando su forma de seducir y explorando caminos nuevos:

“Yo he utilizado mucho el escribir (...)... para mí es muy sensual eso. Lo cual no quita para que aprecie también el aspecto físico (...)... es que para mí lo literario es físico, porque me pone los pelos de punta y todo (...) Yo primero salí de mi duelo y luego estuve pensando qué hacer, un clavo saca a otro clavo, y me dije ‘aquí no tengo nada que hacer’, y como estaba iniciada en la informática y cosas de esas, me metí en internet (...) La habilidad que tenía escribiendo no la tenía hablando. Se me notaba. Es que eso suele pasar, los que confían en su escritura, es porque les falta una equivalente habilidad verbal. La habilidad verbal es un don. Eso es maravilloso. Eso supongo que se aprende, también... pero no sólo es el verbo, es la música, es todo lo que le metes al verbo”.

Y sabe también muy bien qué tipo de hombres le gustan:

“El hombre español no me gusta, incluido el vasco. No me atrae. Me parece muy *txintxua*³, muy majó, muy divertido... pero no me tira, no seduce”.

La homosexualidad, como posibilidad, la descubrió tarde:

“Y además la masculina. La femenina es que yo creo que... ¿cuándo habré descubierto el lesbianismo? Pues supongo que en los 70 adelantados, cuando yo tenía 30 o así (...) Ahora me parece que es una vía que ha quedado ahí cegada, ¿por qué no? (...) me parece algo... ¿cómo te diría yo? frustrante. Me parece que me he perdido algo. Ya a estas horas no voy a empezar”.

Pero para ella es fundamental “poder ser la mujer con respecto al hombre” en la relación amorosa-sexual:

“Es un aspecto lúdico de la relación entre hombres y mujeres, el aspecto de seducir, de dejarte seducir... todo eso ha sido una gloria en mi vida. Y no me considero en absoluto una persona seductora o conquistadora ni nada de eso, pero yo tengo mis armas (...) El lenguaje... ¿quien definió que era el principal órgano sexual? alguien lo dijo, y yo desde luego lo tengo clarísimo, por eso me gusta mucho lo virtual, internet. Me permite pensar, me permiten tentar, me permite ser tentada... ”.

La atracción, el amor como “lucha”...

“... todo eso lo perciben Monteverdi y los artistas del siglo XVI-XVII, el *Combattimento di Tancredi I Clorinda*... era todo de amores, es que ellos lo veían clarísimo. Y claro, lo veían como una lucha, ¿cómo lo diría yo? Moros y Cristianos hoy en día es una fiesta, y los moros y cristianos se divierten enormemente con los Moros y Cristianos. Pero eso ha sido una guerra. Y entonces, en el amor hay como una puja... quien puede, ¿cómo lo diríamos?, enajenarse en el otro, se lo puede comer. En el sentido más troyano de la palabra”.

Pero no oculta tampoco las contradicciones que esta concepción implica:

“Es que es así, es la guerra. Es que del amigo no te puedes enamorar porque no hay *eros*, sexo. Ya sé que es contradictorio, pero ¿cómo lo arreglamos? Lo primero, la política feminista tiene que ser... yo creo que lo está siendo ya... muy de pedagogía para los dos, para la mujer y para el hombre. Nada de enseñar solamente a los varones, también a las mujeres (...) Pero los grandes soplamocos de la historia los tienes ahí, tienes todas las grandes novelas, todas las Annas Kareninas... tienes todo ahí. A no ser que seas alguien que no ha visto nunca un cuadro, nunca ha leído nada, nunca ha visto la tele, nunca ha visto nada en casa... (...) Y entonces, bien, tienes que aceptar que eso ha sido así, pero que podría ser de otra forma...”.

Una cultura de la heterosexualidad que suena como a otra época y en la que observa cambios significativos:

“Es que la coeducación también quita misterio, y entonces, qué se puede hacer para que dentro de la coeducación se mantenga el misterio y el otro que es diferente, y eso que hace tan atractivo el dar el paso y todo eso. Porque entre *coleguis* que andan a codazo limpio en clase, como los veo yo, por ejemplo, es que no entiendo cómo se puede formar una relación de misterio y de embrujar el uno al otro (...) A mí un desconocido me interpela(...) Uno de los fantasmas de la mujer es el desconocido”.

Una heterosexualidad que va adaptando:

“Últimamente estoy explotando mucho el lado ‘hombre’, en el sentido que te he dicho antes, de la poligamia. Es que a mí me encantaría tener un harén, por supuesto, igual que a ellos. Pienso que hasta hace tiempo me resistía a pensar que era un estado ideal, la poligamia (...) Lo que pasa que, claro, todo lo que hay detrás de la poligamia de las mujeres, pues eso es lo que no me gusta. Con el tiempo he aprendido a comportar-

³ “Honesto” en castellano.

me bastante como los hombres, en el sentido de no importarme dejar tirado a alguno. Antes era un horror. Si tenía que dejar a uno, le acompañaba en el duelo, no había forma de despedirlo. Y ahora me los quito de encima, con bastante frescura además (...) Y me he dado cuenta de qué aliviado es eso (...) Hombre, no lo haces con tanto desparpajo ¿cómo diría yo? (...) Ellos son más 'oye, ya te veré el año que viene', y adiós muy buenas”.

El papel del feminismo lo ve fundamental, porque

“introduce un factor de no conformismo respecto a las relaciones que antes eran las ‘adecuadas’. Causó problemas, claro que causó problemas, pero muy saludables (...) Desde el momento en que el feminismo ha conseguido difundir la idea de que todas las mujeres tienen derecho a participar en el mercado del trabajo, en igualdad de condiciones, etc. (...) Entonces, tienes una capacidad de decisión y ... no sólo de decisión, sino de consensuar, tu opinión cuenta (...) Y eso a mí me parece revolucionario completamente, el hecho tan prosaico de poder subsistir por tu cuenta. Es que si no, se es una flor en un florero sin agua...”.

2. BEGOÑA: IDENTIDAD Y EXPERIMENTACIÓN PLURISEXUAL PERO INCERTIDUMBRE AMOROSA

Begoña tiene 32 años, una hermana más pequeña y una madre que se divorció de su padre después de una larga historia de malos tratos, experiencia que la ha marcado mucho. Su madre es fundamental para ella por su apoyo afectivo pero también porque ha sabido dejar espacio a sus hijas para su propia búsqueda.

Periodista de formación, espera poder vivir de ello pero su situación laboral actual es precaria y sobrevive de trabajillos puntuales que combina con lo que llama su investigación personal y con su activismo feminista. Desde hace siete años vive en una ciudad cosmopolita, un contexto favorable para ser lo que quiere ser y experimentar con su imagen, su vida y sus relaciones.

Quedamos para hablar un día en que el termómetro marca cero grados, y la veo llegar: delgada, estatura mediana, chamarra corta de pelu-

che de color morado chillón, y una falda fina de colorines. Comienza la entrevista con un cambio fundamental en su vida:

“Dejar de funcionar como había sido programada a nivel de pareja. He vivido una historia de maltrato muy fuerte por parte de mi padre (...) Cuando me fui haciendo más mayor pensaba que estaba libre de todo eso, en realidad estaba funcionando con planteamientos bastante parecidos a los de mi madre... Hace 7 años dije ‘¡se acabó!’ y empecé un cambio a este nivel muy fuerte, tuve la gran suerte de recibir el apoyo terapéutico de una asociación de mujeres que apoyan en la recuperación emocional a mujeres que han sufrido maltratos (...) He tenido hasta los 27 años o así relaciones en las que yo creo que me situaba muy mal y que priorizaba mantener la relación por encima de todo y que cuando no me sentía cómoda me costaba mucho cambiar de situación... (...)... y a partir de ahí empecé a tener otro tipo de relaciones, muy diferentes... realmente en las que yo me situaba de una manera muy distinta, mucho más... (...) Estaba más atenta a lo que estaba pasando y no a lo que yo quería que pasase”.

Y sigue describiendo, con una cierta distancia, su experiencia de maltrato:

“Esta primera vez que me pasó, que estaba tan así, esta relación duró 3 años, fue una relación muy brutal, una persona muy dañina (...) Di tumbos con él de una ciudad a otra (...) Era una época en la que incluso yo acababa de terminar la carrera, estaba un poco desubicada y estuve un tiempo en el que yo ni siquiera trabajaba (...) Y recuerdo una sensación, me acuerdo de una mañana delante del ordenador, intentando escribir y pensar en suicidarme, no pensar en suicidarme sino pensar que ya estaba muerta. Y eso yo jamás lo he pensado porque soy una persona que tiene muchísima vitalidad (...) Llegó un momento en el que empecé a darme cuenta de verdad; mis amigas por supuesto hacía ya mucho tiempo que me decían ‘¿qué coño haces?’ (...) Esa había sido la historia de mi madre y no podía ser la mía (...) El feminismo desde luego me ayudó (...)... y mis ganas de vivir... (...) Y el cambio de haber vivido por fin en esa ciudad que a mí siempre me había gustado (...) No sé, eran cambios que se estaban gestando dentro de mí.

Empecé a enamorarme de otra manera, me enamoré de personas muy distintas a partir de ese momento y empecé a vivir, no sé... (...) Cuando la siguiente relación después de este imbécil, que de aspecto ya otra cosa, era como de mi estatura, muy femenino (...) Y construimos una historia mucho más suave... (...) Estuve año y medio o así con él, empecé mi terapia y ahí ya fue el cambio total”.

Se considera mujer y femenina de una forma “paródica”, pero con cambios:

“Cuando era muy niña, hasta los 7 ó 8 años, llevaba el pelo corto y era una marichico (...) Luego, recuerdo perfectamente, decidí que quería ser una chica, y luego he tenido muchas épocas y muchas etapas. Ahora estoy en una época muy petarda, me encanta el color rosa (...) Me gusta esa sensación de poder jugar con la imagen y de parodiar y tal... esto a nivel estético, a nivel más corporal, he ido ganando muchísima confianza (...) Yo tengo como una tendencia a un tipo de feminidad muy paródica, muy extrema... (...) Yo puedo salir vestida con un traje de faralaes a comprar y me siento súper bien, como muy a gusto... aquí⁴ me muero, no lo haría, la presión social, la búsqueda de la normalidad como ideal y me va como aplastando y me siento más pequeña”.

Y muy en boga con plantamientos rupturistas, se define como una mutante del género y define su entorno como trans-marica-bollo, donde se juega a romper binarismos y oposiciones clásicas sobre lo masculino y femenino, los hombres y las mujeres:

“Pienso que desde el momento que hemos ido transformando lo que era el género de mujer por querer alcanzar nuestra propia libertad personal y colectiva hemos empezado a dejar de ser mujeres... (...) Aunque a la vez en un determinado ambiente soy la más mujer, la más feminista y en un determinado ambiente no, nunca... (...) Ya llega un momento en el que hablamos en masculino y en femenino de una manera mucho más, no inconsciente, sino jugando más con esto...”.

El romanticismo ha sido para ella un refugio interior frente a un medio muy hostil, su ambiente familiar de maltrato:

“Pensaba que conocería al hombre de mi vida, al amor auténtico, maravilloso, para toda la vida, o sea, lo más (...) Mis ideas románticas son muy idealizadas, muy influenciadas por el cine, mucho, mucho... (...) Y sí que recuerdo que lo tengo vinculado a las agresiones de mi padre, a después de haber habido una experiencia, pues de que mi padre le diera una paliza a mi madre, etc., necesitaba recrear un mundo donde estuviese yo bien, porque si no era terrible...”.

Y se sigue considerando romántica, eso sí, desde nuevas definiciones y aplicaciones:

“He aprendido también a disfrutar de ello porque a mí me parece muy bonito (...) pero a que no sustituya a mi vida (...) El romanticismo es como la música de fondo en una escena o el atardecer en una escena. La misma escena, si le pones esa música y le pones ese fondo hace que se te suba todavía más el nivel de intensidad de pasión, de lo que sea...”.

Siempre consciente de las trampas del amor romántico, con un planteamiento muy amplio y positivos de las relaciones afectivas:

“Creo que para las mujeres además es una de las mayores trampas que nos ha puesto el sistema, la mayor, la que más nos cuesta (...) Soy una persona muy apasionada, quiero muchísimo a la gente que quiero (...) Cada vez estoy más satisfecha con mis relaciones, sí, sí, sí, sí... sí, yo creo que he evolucionado mucho, antes estaba mucho más insegura (...) creo que son relaciones muy vivas, donde existe como una base de confianza muy fuerte (...) Es así, igual es de lo que más orgullosa estoy en mi vida...”.

Sin preguntarle por sus preferencias sexuales, habla espontáneamente de sí misma como una persona plurisexual, algo que no ve reñido con el juego de oposiciones en el intercambio sexual y amoroso:

⁴ Hacemos la entrevista en las vacaciones de Navidad.

“No me gusta la palabra bisexual porque refuerza demasiado esa idea de un género en la que yo no vivo tanto, pero hace ya años que mis relaciones sexuales son con mujeres, hombres y demás... (...) Ahora mismo, hace como dos meses o tres meses, me... comencé una aventura con una persona que ya conocía y que es transgénero, digamos que no es un hombre biológico, pero todo el mundo le tratamos en masculino, o sea que es como un transexual masculino... (...) Creo que cuando vives estos roles con una identidad monolítica, son opresivos. A mí me gustan muchos los juegos, entonces los géneros se invierten jugando, a mí me gusta ese juego, sea con una mujer sea con un hombre (...) Supongo que no deja de ser una especie de rol, de juego, que tú estás cómoda, te gusta o te erotiza, y claro tal y como yo lo vivo, es un juego de muchísimas posibilidades (...) Pero juegas desde que tú sabes que tú has elegido ese papel por ese rato y que nadie te va a obligar a jugar (...) Es diferente cuando eres consciente”.

Y nunca ha vivido las relaciones como una experiencia monógama:

“Nunca me he definido como monógama (...) Nunca he querido practicar la pareja en ese sentido, como se me había enseñado y eso y ahora es algo que lo defiende mucho con la... el derecho a defenderlo. Porque me he sentido muy cuestionada durante mi vida por esto, desde mi pareja. También en mi entorno, muy poca gente nos definimos como monógamas (...) Es muy importante que existan referentes y momentos distintos dentro de la normalidad de la sociedad”.

La experimentación continua es central en su forma de vida, a muchos niveles, incluida la sexualidad; una experimentación sin límites pero consciente y reflexiva al mismo tiempo; una práctica con amigos/as que pueden ser amantes a la vez y pasar de un estatus a otro de manera fluida:

“Soy muy seductora y creo que tiendo a seducir, a relacionarme mucho, a hacer... (...) casi siempre tiendo a tener relaciones sexuales, a follar o a tal con personas que están en mi entorno, tengo un entorno también bastante... con gente conocida, con un hombre desconocido que

no conozca de nada, seguro que no me enrollaría sin conocerlo (...) Como vivo en un mundo muy endogámico, que al final todo el mundo hemos quedado con todo el mundo un poco y tal, ya tienes referentes, con mis amigas tengo mucha complicidad (...) No me siento un bicho raro, pero yo sé que si explico mi vida sexual a cualquiera...”.

Pero reconoce que, en contraposición a la sexualidad, el amor es todavía para ella una asignatura pendiente:

“Estoy como muy abobada, muy *txotxola*, no sé cómo decirlo, estoy muy enamorada... es una sensación, físicamente, de hormigueo por todo el cuerpo, pero muy agradable, de flojera por dentro, de darte cuenta de que esa persona está ahí y se te queda la cara de idiota mirándola (...) Quiero vivirlo, porque también soy muy kamikaze emocional, pero también tengo otros instrumentos interiores para llevar esto bien y para el momento de sufrimiento que no me interesa dejarlo, pero bueno, estoy ahí en el ojo del huracán (...) Creo que nos estamos dejando tanto los dos, es una sexualidad que nos estamos abriendo tanto y permitiendo tanto que... (...) y a veces pienso ‘¿qué diferencia hay?’, la diferencia es eso, que mi vulnerabilidad ante otras personas... en otra situación yo no me estoy exponiendo tanto, pero en esta sí (...) A nivel amoroso, a nivel de lo que es el amor, de la pareja, creo que estoy más... me parece más fácil de manejar mi sexualidad, que en mis relaciones de pareja hay elementos que son un absoluto desastre, aunque creo que soy demasiado dura conmigo misma...”.

Pasemos ahora a las consideraciones teóricas y a los comentarios sobre estos dos relatos.

3. GÉNERO, CUERPO, SEXUALIDAD Y AMOR COMO FORMAS DE “ESTAR” EN EL MUNDO

Como apuntaba en la introducción, en las tres últimas décadas se han ido dando transformaciones significativas a nivel conceptual y vivencial respecto a cuatro grandes ámbitos: género, cuerpo, sexualidad y emociones (amor),

que tienen diferente entidad pero al mismo tiempo conexiones profundas. Transformaciones que pueden retroalimentarse entre ellas, como quiero mostrar ahora⁵, y que tienen implicaciones tanto a nivel teórico-conceptual como político, en la medida que posibilitan planteamientos complejos y alternativos de la emancipación de las mujeres, críticos con las visiones esencialistas y dualistas, pero también con las excesivamente constructivistas.

Del estudio de las desigualdades entre hombres y mujeres de finales del siglo XX, destacaría tres aportaciones: (1) la de la teoría de los sistemas de género (Connell, 1987,1997; Saltzman, 1992; del Valle y cols., 2002); (2) la llevada a cabo desde el concepto de género performativo (Butler, 1993,1997); y (3) la que hacen autoras como Dolores Juliano (1992) desde el análisis de la subalternidad, que estaría a su vez ligado a la teoría de la práctica y al concepto inglés de *agency*, que yo suelo utilizar en castellano más como acción social e individual (Esteban, 2004).

La combinación de todas estas perspectivas nos invita a no prescindir de la importancia de la estructura social y el sistema de género, pero sí a dar toda la relevancia a las praxis, y ver el género no como lo que “somos” –identidades fijadas culturalmente, masculinas o femeninas–, sino fundamentalmente “como lo que hacemos” (Stolcke, 2003), prácticas sociales e individuales donde la corporalidad es una dimensión fundamental (Connell, 1995; Esteban, 2004). El género, por tanto, sería una forma de “Estar” en el mundo y no de “Ser”, y esta visión nos ayuda a desesencializar la experiencia. Esta nueva forma de conceptualizar el género puede aplicarse igualmente a la sexualidad de modo que, por ejemplo, la preferencia sexual (lo que a veces se denomina orientación sexual) tampoco tendría por qué tomarse como una identidad fija y estable, ni siquiera solo como una opción, sino como una manera de “estar”⁶.

Desde esta mirada, ser o sentirse hombre, mujer, o como quiera que se viva el género, así como tener relaciones heterosexuales, lesbianas o del tipo que sean... como hemos comprobado también en los dos casos presentados, serían procesos totalmente dinámicos, prácticas que irían constituyéndose y modificándose, consciente o inconscientemente, dentro de marcos contextuales plurales, pero al hilo también de sensaciones físicas y emocionales que están en permanente discusión con las coordenadas históricas y sociales que las hacen posibles. Además, la conformación de las identidades genéricas o sexuales serían procesos donde la narratividad y la corporalidad interactuarían mutuamente, a través de actos básicamente corporales: maneras de sentir, andar, expresarse, moverse, vestirse, adornarse, tocar-se, emocionarse, atraer o ser atraída, gozar, sufrir... en interacción continua con los otros, actos que van modificándose en el tiempo y en el espacio. Sin importarnos, al menos de entrada, si estos actos son conscientes o no, sino más bien considerando la reflexividad, distintos grados de reflexividad, como algo implícito a todas las acciones humanas (Ferreira, 2004, Esteban, 2008).

Este enfoque posibilita, por tanto, superar esquemas deterministas desde los que la conformación de las identidades se ve como un proceso exclusivamente social, consecuencia “mecánica” de ideologías y prácticas sociales o institucionales, puesto que no se considera que los cuerpos sean “superficies neutras” o “depósitos” de ideas, representaciones o símbolos, como suelen ser asumidos en general en las ciencias sociales y la historia (Esteban, 2004).

Las revisiones y propuestas en torno al cuerpo y las emociones que surgen en los años ochenta son orientaciones deliberadamente constructivistas pero que intentan a la vez superar los abusos de dicho constructivismo⁷, como el de dejar la materialidad, la carnalidad de la vida, al margen del análisis⁸. Son aproximacio-

⁵ Véanse también Esteban (2005).

⁶ Eva Zafra (2007) propone esta misma idea para hablar de los denominados “trastornos del comportamiento alimentario”, como formas de estar y no de ser; un enfoque que puede ayudar a plantear dichas conductas de maneras alternativas.

⁷ Un análisis crítico, que profundiza en los límites de las perspectivas constructivistas puede encontrarse en García Selgas (2003).

⁸ Una de las primeras publicaciones en castellano en torno a esta nueva teoría social del cuerpo fue el Monográfico sobre Perspectivas en Sociología del Cuerpo, coordinado por Carmen Bañuelos (1994).

nes que toman a los cuerpos como agentes (Esteban, 2004) y que intentan superar los límites de los análisis científicos dicotómicos de los fenómenos sociales que hablan exclusivamente de racionalizaciones estructurales y causales, por un lado; o de racionalizaciones intencionales y simbólicas, actores, códigos y significados, por otro (Berthelot, 1991:395). Siempre conscientes de la visión excesivamente “robótica” de los humanos como “procesadores mecánicos de información” (Lutz y White, 1986:405) que ha caracterizado a las ciencias sociales.

En esta línea, la antropología está teniendo una aportación específica, por su planteamiento metodológico de priorizar la profundización en contextos determinados sobre la generalización de los resultados, la comprensión de un fenómeno sobre su explicación mediante variables, la búsqueda del “sentido de la vida” para las personas estudiadas, y la interrelación en el análisis entre los niveles micro, meso y macro de la experiencia. Algunos/as antropólogos/as están desarrollando lo que podríamos denominar una *etnografía corporal*⁹, donde el cuerpo es tomado como un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales (Esteban 2004).

Tanto Amaia como Begoña son mujeres que han vivido distintos momentos históricos y pertenecen a contextos culturales, sociales, intelectuales y familiares con semejanzas y diferencias, que les influyen en el día a día (referencias personales o literarias, identificaciones, vivencias y expresiones de afecto, indagaciones sexuales y amorosas...), por lo que el análisis de los contextos es fundamental. Pero, al mismo tiempo, son cuerpos, agentes encarnados, con sensaciones, emociones, malestares, sufrimientos, vibraciones y placeres concretos, que les llevan a reflexionar e interrogarse sobre lo que son y su ubicación en sus respectivos contextos, y a poder experimentar también tensiones, contradicciones y cambios.

Este tipo de análisis posibilita por último que podamos ocuparnos de la subjetividad y el individuo de una forma no habitual en ciencias

sociales, incluso en antropología donde, salvo excepciones, se ha tendido más a estudiar el grupo, la sociedad, la cultura. Ahora estamos describiendo casos concretos, singulares, individuales, que pertenecen, eso sí, a colectivos y marcos sociales, culturales e históricos también concretos, y el análisis surge precisamente de las interrelaciones, comparaciones y conflictos entre unos y otros (Esteban, 2008).

4. LA SEXUALIDAD COMO DISCURSO CRÍTICO Y PRÁCTICA ENCARNADA Y DINÁMICA

Profundizar en el género, el cuerpo, la sexualidad o el amor como áreas separadas es fundamental, como ya defendió Gayle Rubin (1989) para el caso del género y la sexualidad. Pero comporta también peligros, uno de ellos, la contradicción entre convertir algo en un objeto de análisis pero contribuir a la vez a la “explosión de su discurso”, como ha señalado Pat Caplan (1987:19-20) respecto a la sexualidad.

De la misma manera que lo que llamamos la teoría social del cuerpo tiene un “contexto de emergencia” (Turner, 1994), la sociedad occidental de finales del siglo XX, la sexualidad como objeto priorizado de estudio surge o se acrecienta en momentos concretos de la historia, como son las décadas finales del siglo XIX y del siglo XX, donde por razones diferentes se producen reconfiguraciones teóricas y sociales específicas. Como señala Rubin (1989:114), “el sexo es siempre político, pero hay periodos históricos en los que la sexualidad es más intensamente contestada y más abiertamente politizada. En tales periodos, el dominio de la vida erótica es, de hecho, renegociada”.

El tercio final del siglo XX se caracteriza, entre otras cosas, por una disminución en el deseo de tener hijos, una separación radical entre sexualidad y fertilidad, y el hecho de que la sexualidad tienda a ser libre y abierta, se relacione específicamente con el consumo, sea vista como positiva para la salud, y se correlacione con una mayor autonomía para las mujeres. Aunque siguen persistiendo algunas herencias

⁹ Véanse, por ejemplo, Ayesta (2003), Esteban (2004) y Ferrándiz (2004).

del siglo XIX, como la idea del sexo como perjudicial, sobre todo para los jóvenes (Rubin, 1989:115-116).

En este contexto, marcado en los años 90 por el inicio de la epidemia del sida, donde ha habido debates muy encendidos en torno a los derechos reproductivos, el lesbianismo, la violencia contra las mujeres o la pornografía, y donde el feminismo ha tratado de descubrir y combatir las insuficiencias y abusos creados con la nueva etapa de liberación sexual (Osborne, 1991:168), surge un nuevo pensamiento sexual, uno de cuyos principales hitos es *La historia de la sexualidad* de Michel Foucault (1987). Un pensamiento que desafía el esencialismo y le da a la sexualidad una historia (Rubin, 1989). Un pensamiento que se desarrolla en disciplinas diversas y nuevos campos académicos, como los estudios feministas¹⁰ o los estudios gays y lesbianos, y pone en cuestión la ortodoxia sexológica anterior (Gagnon y Parker, 1995:8).

Se reexaminan así las relaciones entre sexualidad y poder, género y sexualidad, identidad y conducta, o norma heterosexual y opción sexual, y se forjan nuevas aproximaciones al deseo o la identidad. Poco a poco, las nuevas propuestas, como la teoría *queer*, inspirada entre otros/as en Butler, o las revisiones efectuadas en torno a la transexualidad y el transgenerismo¹¹, van trascendiendo los esquemas reduccionistas anteriores, y se va más allá de definiciones dicotómicas limitantes, androcéntricas y heteronormativas de lo que se ha venido en llamar la identidad sexual (ser heterosexual, lesbiana, gay...) o la identidad de género (ser mujer, hombre...), como hemos podido comprobar en el caso de Begoña. Más allá también del etnocentrismo al uso en torno al deseo o el placer sexual (Esteban, 2008).

La sexualidad por tanto serían actos, percepciones, sensaciones, destrezas... in-corpora-

radas, y esto facilita que nos veamos a nosotras/os mismas/os como cuerpos organizados sexual y amorosamente en mapas socio-culturales concretos pero dinámicos, en continuo cambio. Igualmente, podemos percibir, representar y proyectar de manera alternativa las relaciones entre lo sentido, lo vivido y lo narrado, respecto a ideologías que deben ser transformadas si queremos una sociedad igualitaria y justa (Esteban, 2008).

5. LA NECESIDAD DE ABORDAR EL AMOR COMO PENSAMIENTO, EMOCIÓN Y ACCIÓN

El feminismo, y en general la ciencia occidental, han prestado mucha más atención a la sexualidad que al amor, que ha sido analizado en todo caso en disciplinas concretas, como la psicología. Sin embargo, el análisis del amor, en general, y del amor sexual, romántico o pasional, en particular, es crucial para poder desenraizar los mecanismos causantes de la subordinación de las mujeres y, más en general, el funcionamiento del sistema de género y su posible transformación (Esteban, Medina y Távora, 2004)¹². El amor entendido siempre como un complejo modelo de pensamiento, emoción y acción (Tennov, 1979:173)¹³.

En los dos últimos siglos, el amor ha tenido un papel central en Occidente en la configuración del individuo moderno: ha contribuido a la delimitación entre lo externo y lo interno y al énfasis en la toma de conciencia individual, y ha sido base de la cohesión y el sentido de pertenencia, reforzado esto por la vinculación entre amor y matrimonio y la demarcación de lo público y lo privado; todo ello en un contexto histórico de secularización y pérdida del sentido de la trascendencia (Esteban, Medina y Távora, 2005). En

⁹ Véanse, por ejemplo, Ayesta (2003), Esteban (2004) y Ferrándiz (2004).

¹⁰ En castellano la perspectiva constructivista feminista en el estudio de la sexualidad estaría representada sobre todo por dos autoras: Raquel Osborne (1993), en el campo de la sociología, y Alicia Puleo (1992), en el de la filosofía.

¹¹ Véase, por ejemplo, Nieto (1998).

¹² Un ámbito que puede verse muy beneficiado de este análisis del amor es el de la violencia contra las mujeres (véase, por ejemplo, Osborne, 2008). A nivel político-educativo es muy interesante el material didáctico "Prevención de violencia interpersonal, en la pareja y... mucho más" (González y otros, 2008), para el cortometraje "Hechos son amores", dentro del Programa Por los Buenos Tratos (PLTB) impulsado por la ONG *acciónred* (xxx.porlosbuenostratos.org).

¹³ En Harris (1995:99).

consecuencia, el amor se ha convertido en nuestra sociedad en un motor fundamental de la acción individual y colectiva (Evans, 2003)¹⁴. Un proceso general donde la reformulación del sujeto y la redefinición de las desigualdades entre hombres y mujeres han estado y están estrechamente articuladas. De ahí su centralidad en la experiencia individual, como queda perfectamente evidenciado en nuestras dos informantes.

La aproximación antropológica a las emociones (y al amor), basada en la construcción de relatos etnográficos, del estilo de los que hemos leído en la primera parte de este artículo, donde se resaltan las relaciones entre diferentes niveles de la experiencia, y siempre con una visión transcultural que, como a la antropología en su conjunto, le obliga a contrastar y sopesar sus formulaciones y resultados, tiene algunas especificidades que me interesa resaltar. Es constructivista, es decir, tiene en cuenta que las emociones son también construcciones culturales, lo que le hace oponerse a las definiciones biologicistas/psicologicistas de la experiencia humana; y entiende las emociones como pensamientos encarnados (Rosaldo, 1984), como formas de valoración que involucran directamente el cuerpo, y como tales las considera un campo de estudio privilegiado para analizar las relaciones entre experiencia individual, poder y estructura social (Lutz y White, 1986; Esteban, 2008)¹⁵.

6. LA HETEROSEXUALIDAD COMO NORMA Y OPCIÓN: TRANSGRESIONES FEMINISTAS

Pero, además de todo lo señalado, vivimos en un sistema de “heterosexualidad obligatoria”, que se reproduce a través del cultivo de unos cuerpos sexuados con apariencias “naturales” y disposiciones heterosexuales “naturales” (Butler, 1993,1997). Anna Jónasdóttir (1993) señala que en este marco el amor se actuaría de una forma alienada cuando sirve sólo para cubrir las necesidades afectivas del otro, en este caso de los hombres, de manera que aunque las mujeres

no reciban a cambio el mismo soporte afectivo siguen manteniendo este tipo de relación.

Muchas autoras han analizado la heterosexualidad como institución y/o como experiencia, pero el famoso artículo de Adrienne Rich, “Compulsory heterosexuality and lesbian existence”, publicado en 1980 en la revista *Signs*, marca un antes y un después a este nivel. Rich cuestiona que exista una orientación sexual, en cuanto que no hay posibilidad de elegir, y denuncia la heterosexualidad forzada como norma social que exige y causa, entre otras cosas, la invisibilización del lesbianismo, incluso en el mismo movimiento feminista.

Otro aspecto a tener presente también es que la norma heterosexual occidental se apoya en una determinada manera de entender la oposición masculino/femenino, que se focaliza en nuestra cultura de manera privilegiada en la pareja sexual (“esposo-esposa”) y no en otro tipo posible de pares, como puede ser el par hermano-hermana que, como ocurre en otras culturas, como las oceánicas, es la referencia fundamental para la constitución de las identidades de género; lo cual no significa que la heterosexualidad y la sexualidad no sean importantes, sino que se perciben de formas alternativas¹⁶.

Es decir, vivimos en un régimen cultural heterosexual que favorece que la gente aprenda a desear a “ese otro” definido como lo opuesto pero al mismo tiempo lo que completa a uno mismo, lo que provoca, como apunta Rich (1980), que la homosexualidad no sea vista como una posibilidad/referencia “real”, salvo en contextos muy concretos. Una realidad que es más efectiva en la medida que resulta obvia y por tanto invisible para muchas personas.

Centrándonos en los casos presentados, podemos decir que para Amaia la heterosexualidad es clave en su definición y vivencia del amor y la sexualidad, una heterosexualidad que es nuclear en su visión del amor, y primordial a su vez en la tradición cultural e intelectual de la que ella bebe y, aun con contradicciones, reivindica. Mientras que Begoña tiene una identidad y una praxis mucho más “descentrada”. Pero un

¹⁴ En Esteban, Medina y Távora (2005:210).

¹⁵ Una profundización en la antropología del amor (y las emociones) puede encontrarse en Esteban (2007).

¹⁶ A este respecto puede consultarse, por ejemplo, Tcherkezoff (1993,2001) y Moral (2000).

aspecto común a ambos relatos es la alusión directa a la oposición masculino/femenino, entendida como una tensión, como un elemento significativo del encuentro amoroso.

La referencia a la “otredad”, a la “oposición”, como un elemento mediador en la comunicación sexual/amorosa adopta versiones diferentes y matices reseñables en nuestras dos mujeres. En Amaia se da de forma “radical”, de modo que se establece un vínculo íntimo entre atracción sexual y amorosa ideal, por un lado, y enigma, seducción inevitable, lucha, tragedia y muerte, por otro; elementos todos que darían, tal y como se construye en Occidente, la máxima intensidad al encuentro amoroso. Como es lógico, ella misma se pregunta si todo esto no tendrá que ver también con cómo se han conformado las relaciones amorosas en un momento de la historia. Y es a través de ese ejercicio corporal relacional, intersubjetivo de oposición continuada y conflictuada, como ella va conformando, al menos en parte, su propia identidad como mujer. Es decir, que deseo e identidad se anudan de una manera física, emocional.

Pero sin embargo, Begoña, en un entorno mucho más plural, hace uso de la tensión “masculino/femenino” con un objetivo de hacer más pasional, de dar intensidad al encuentro, sin que eso tenga por qué tener consecuencias tan contundentes en la conformación de la propia identidad, o en las relaciones sociales desiguales entre hombres y mujeres. Es decir, la tensión masculino/femenino y las diferentes dimensiones que definen este par en nuestra cultura (activo/pasivo, activo/sumiso...), dentro de un sistema de género absolutamente asimétrico y diferenciador como el nuestro, pueden ser operacionalizadas de maneras diversas en la interacción amorosa-sexual entre dos (o más) personas, de modo que sería mejor hablar de un continuum de posibilidades que podrían combinarse a su vez: desde la constitución de una identidad de género dicotomizada, como la de Amaia, que intenta articularse, de manera problemática y problematizada por ella misma, con un rechazo de la diferencia de posiciones sociales entre hombres y mujeres; hasta la conformación de una identidad más compleja e híbrida, la de Begoña, que utiliza la oposición como ingrediente, como escenificación, como un juego que busca fundamentalmente aumentar la pasión y el deseo.

Por tanto, la heterosexualidad y/o la oposición masculino/femenino pueden ser, son de hecho para muchas mujeres (y hombres) instrumento identitario y mecanismo de subordinación, pero pueden ser también herramientas al servicio del deseo y la interacción. Begoña es muy crítica con la clasificación de hetero/homo/bisexualidad, por el binarismo que implica, en la medida que son combinaciones de dos posibilidades que se presentarían como incuestionadas e incuestionables, y porque en definitiva condiciona una manera bipolar, bi-sexual, de entender las relaciones entre los humanos. Ella ha mantenido y/o mantiene relaciones sexuales con hombres, mujeres, transexuales, personas transgénero... y desde su experiencia y desde la experiencia del entorno en el que vive en estos momentos propone mejor hablar mejor de pluri o de polisexualidad.

Con estas observaciones estamos dando, a mi entender, un paso más en uno de los ejes de las discusiones feministas en torno a la sexualidad, recogidas en profundidad por Raquel Osborne (1993), el de si la heterosexualidad es fundamentalmente norma o institución, o puede ser también vista de una manera relacional, compleja y poliédrica como una opción, una vivencia o un ejercicio encarnado; y qué ventajas puede tener esta forma de aproximarnos a ella.

7. AMOR, SEXUALIDAD Y EMANCIPACIÓN: ARTICULACIONES Y RUPTURAS

En los dos casos descritos hemos comprobado que para cambiar las conductas (probablemente también para conseguir la emancipación) parecen necesitarse al menos dos condiciones: una, sustituir parcial o radicalmente el contexto donde se vive y, dos, estar dispuesta/o a experimentar. Amaia introduce algunos cambios sustanciales en su forma de seducir y emparejarse a raíz de su divorcio, no solo porque entra en el mundo virtual, que no es para ella más que una nueva versión del uso de la escritura en la seducción, sino porque está dispuesta a trasladarse a nuevos lugares y a reformular costumbres que la llevan, por ejemplo, a relativizar y regular el enamoramiento o la convivencia de otra manera. El cambio de contexto y la experimentación son, en mayor medida aun, dos de las

características definitorias de la experiencia de Begoña: cierre de una forma de relación amorosa totalmente insana, por una parte, y establecimiento de relaciones sexuales promiscuas y múltiples pero cómplices y “seguras”, por otra.

Ambas se consideran románticas, críticamente románticas, podríamos decir, estando esto mucho más marcado en el caso de Begoña que de Amaia, pero se trata de un romanticismo que tiene una dimensión cuasi-práctica, como una forma de regular la interacción, de modificar intencionalmente las condiciones de la relación; por lo tanto, es una regulación, un juego, desde el que se pueden poner las condiciones para poder transformar también dicha interacción.

Esto no quiere decir que tanto Amaia como Begoña no vivan contradicciones en su vida, ni que las posibles transformaciones sean caminos lineales o unívocos. En el relato de Amaia está muy presente la tensión entre cómo articular, por un lado, un modelo de amor romántico que implica desigualdad pero que hace que se cristalice de una manera muy eficaz e intensa la atracción y el deseo; y por otro, la autonomía económica y el destino propio para las mujeres, cuestiones que desafían, al menos en parte, algunos implícitos del amor romántico, como el desdoblamiento de papeles: activo/pasivo, dominante/dominada-o... Ella además vive las esferas sexual y amorosa como absolutamente unidas. Begoña no solo tiene dichas dimensiones más separadas, sino que construye con otras personas un medio donde se dan continuas transgresiones conceptuales y vivenciales de las dicotomías sexuales y genéricas, aunque éstas sigan siendo de algún modo materia prima para la emergencia de nuevas conductas.

Ambas saben también perfectamente que el amor es una trampa para las mujeres y reflexionan sobre cómo modificar esto. Amaia parece estar menos dispuesta a prescindir de algunos aprendizajes; Begoña, por su parte, es consciente de que la ruptura no tiene por qué implicar, no implica de hecho, un nivel similar de ruptura o revisión de la cultura del amor, que las transformaciones a nivel sexual no tienen por qué conllevar modificaciones significativas ni en las representaciones ni en los usos amorosos, y confiesa sentirse mucho menos segura en este último terreno

Una última diferencia entre ellas sería el uso de las relaciones de amistad que hace Begoña, a

diferencia de Amaia, y que funciona como una estupenda plataforma para poder ser más audaz con las transgresiones que emprende, ya que “las redes de amigas son muchas veces espacios privilegiados de sociabilidad, reciprocidad amorosa y estímulo para el cambio” (Esteban y Távora, 2008:72).

REFLEXIONES FINALES

Una teoría del cuerpo, en tanto que nudo de estructura social y acción individual y colectiva; una teoría actualizada e interrelacionada del género que prima el “estar” por encima del “ser” y la complejidad sobre las visiones estáticas y dicotómicas; un análisis de la sexualidad, como pensamiento crítico pero prácticas encarnadas y dinámicas, no fijadas de antemano; una aproximación al amor, como potencial humano pero creación cultural y plataforma de desigualdad en Occidente... nos ofrecen revisiones y reformulaciones de viejos y no tan viejos debates feministas en torno a la sexualidad, la heterosexualidad, la desigualdad, el cambio y la emancipación para las mujeres, dentro de enfoques en los que la corporeidad, la sexualidad y las emociones sean dimensiones privilegiadas para acceder a lo social.

Así, estamos abogando por propuestas conceptuales y análisis teóricos y empíricos que huyan de diferenciaciones estériles entre lo consciente y lo inconsciente; que tomen en su justa medida la reflexividad implícita a todas las acciones humanas, aunque se constaten diferentes niveles en la misma; y que amplíen y hagan más complejos el abordaje y la comprensión de las vivencias y cambios individuales y colectivos. Todo ello sin prescindir de la carnalidad de nuestros actos y de las estrechas relaciones entre: ideologías hegemónicas y alternativas; narrativas individuales y colectivas; cuerpos singulares pero que representan a otros; e identidades sociales múltiples, híbridas y dinámicas.

Desde este planteamiento, y como hemos podido comprobar en los relatos de nuestras informantes, sentirse y “actuar como” mujer, transgénero, heterosexual, plurisexual... o como quiera que nos definamos respecto al género, la sexualidad y el amor, son procesos dinámicos y

complejos, conformados en base a actos sustancialmente corporales, que ocurren en contextos concretos y cambiantes; no se trata por tanto de identidades fijas, estáticas y aisladas entre sí. Por otra parte, la heterosexualidad, como base de nuestro sistema de género y sexualidad, puede ser un elemento determinante o no en la propia posición de género y en la experiencia concreta; pero definirse a una misma como feminista y heterosexual comporta un cierto nivel de contradicción que es difícil de eludir. Sin embargo, la oposición masculino/femenino,

central en dicha heterosexualidad, puede ser también implementada en la práctica como una herramienta en la comunicación sexual y amorosa. Por último, la transgresión de las categorías y vivencias relativas tanto al género como a la sexualidad no implican necesariamente un nivel similar de crítica y ruptura en los comportamientos y esquemas amorosos, lo que nos habla de la necesidad de convertir al amor en un objeto de estudio privilegiado para avanzar en la comprensión de un mundo que queremos desgenerizar y transformar.

BIBLIOGRAFÍA

- AYESTA, Iban (2003): *Berlin, fin de millennium: An Experiment in Corporeal Ethnography*, Tesis doctoral, Department of Anthropology, University College of London, London.
- BAÑUELOS, Carmen (coord.) (1994): Monográfico sobre Perspectivas en Sociología del Cuerpo, *REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Num. 68.
- BUTLER, Judith (1993): *Bodies that Matter*, New York, Routledge. [Traducción al castellano: *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós, 2002].
- BUTLER, Judith (1997) "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory", in K. Conboy,; N. Medina; S. Stanbury (eds.): *Writing on the body. Female Embodiment and Feminist Theory*, New York, Columbia University Press, pp. 401-417.
- CAPLAN, Pat (1987) "Introduction", in Caplan, P. (ed.): *The cultural construction of sexuality*, New York & London, Routledge, pp. 1-30.
- CONNELL, Robert W. (1987): *Gender and power*, Cambridge, Polity Press.
- CONNELL, Robert W. (1995) "Men's Bodies", in R.W. Connell, *Masculinities*, Oxford/Cambridge, Polity Press, pp. 45-67.
- CONNELL, Robert W. (1997) "La organización social de la masculinidad", in T. Valdés; J. Olavarría (eds.): *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional, pp. 31-48.
- DEL VALLE, T. (coord.); APAOLAZA, J.M.; ARBE, F.; CUCÓ J.; DÍEZ, C.; ESTEBAN, M.L.; ETXEBERRIA, F.; MAQUIEIRA, V. (2002): *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*, Madrid, Narcea.
- ESTEBAN, Mari Luz (2004): *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- ESTEBAN, Mari Luz (2005) "Desafíos teórico-metodológicos del cuerpo. Nuevas aproximaciones desde el feminismo". Ponencia presentada en el XIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, Madrid, 15-17 de septiembre de 2005.
- ESTEBAN, Mari Luz (2007) "Algunas ideas para una antropología del amor". *Ankulegi-Revista de Antropología*, 11:71-85.
- ESTEBAN, Mari Luz (2008) "Etnografía, itinerarios corporales y cambio social: Apuntes teóricos y metodológicos", in E. Imaz (ed.): *La materialidad de la identidad*, Donostia, Hariadna, pp. 135-158.
- ESTEBAN, Mari Luz; TÁVORA, Ana (2008) "El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas", *Anuario de Psicología*, 39(1):59-73.
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz; MEDINA DOMÉNECH, Rosa; TÁVORA RIVERO, Ana (2005) "¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género", in C. Díez Mintegui; C. Gregorio Gil (coord.): *Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual*, X Congreso de Antropología, Sevilla, FAAEE-Fundación El Monte-ASANA, pp. 207-223.
- FERRÁNDIZ, Francisco (2004): *Escenarios del cuerpo: espiritismo y sociedad en Venezuela*, Bilbao, Publicaciones de la Universidad de Deusto.

- FERREIRA, Miguel (2004): *Vivir la ecuación de Schroedinger: una aproximación antropológica al conocimiento científico*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/cps/ucm-t27523.pdf>.
- FOUCAULT, Michel (1987): *La historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.
- GAGNON, JOHN H.; PARKER, RICHARD G. (1995) "Introduction", in R.G. Parker; J.H. Gagnon (eds.): *Conceiving sexuality. Approaches to Sex Research in a Postmodern World*, London, Routledge, pp. 3-16.
- GARCÍA SELGAS, Fernando José (2003) "Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos", *Política y Sociedad*, Vol. 40, Num. 1:27-56.
- GONZÁLEZ, Belén; HABAS, Pilar; PARRA, Noemi; VAQUERO, Carlos; CARO, Antonia; MIÑÁN, Nora (2008) *Prevención de violencia interpersonal, en la pareja y... mucho más*, Material didáctico para el cortometraje HECHOS SON AMORES, Madrid, Talasa Ediciones.
- HARRIS, Helen (1995) "Rethinking Polynesian Heterosexual Relationships: A Case Study on Mangaia, Cook Islands", in W. Jankowiak (ed.): *Romantic passion. A universal experience?*, New York, Columbia University Press, pp. 96-127.
- JÓNASDÓTTIR, Anna G. (1993): *El poder del amor ¿Le importa el sexo a la Democracia?*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- JULIANO, Dolores (1992): *El juego de las astucias: mujer y construcción de modelos sociales alternativos*, Madrid: Horas y Horas.
- LUTZ, Catherine; WHITE, Georges M. (1986) "The anthropology of emotions", *Annual Review of Anthropology*, 15:405-436.
- MORAL LEDESMA, Beatriz (2000) "La hermana en Chuuk (Micronesia): mujer paradójica, mujer plural", in T. del Valle (ed.) *Perspectivas feministas desde la antropología social*, Barcelona, Ariel Antropología, pp. 125-153.
- NIETO, JOSÉ Antonio (ed.) (1998): *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*, Madrid, Talasa.
- OSBORNE, Raquel (1991) "La discriminación social de la mujer en razón del sexo", en J.V. Marqués, J.V. y R. Osborne, *Sexualidad y sexismo*, Madrid, Universidad a Distancia-Fundación Universidad-Empresa, pp. 131-295.
- OSBORNE, Raquel (1993): *La construcción sexual de la realidad*, Madrid, Cátedra-Feminismos.
- OSBORNE, Raquel (2008) "El poder del amor (o las formas sutiles de dominación patriarcal)", en M. L. Maqueda y A. Rubio (coords): *Género, violencia y derecho*, Valencia, Tirant lo Blanch-alternativa, pp. 179-194.
- PULEO, Alicia (1992): *Dialéctica de la sexualidad: género y sexo en la filosofía contemporánea*, Madrid, Cátedra-Feminismos.
- RICH, Adrienne (1980) "Compulsory heterosexuality and lesbian existence", *Signs/Journal of Women in Culture and Society*, 4(5):631-660.
- ROSALDO, Michelle Z. (1984) "Toward an anthropology of self and feeling", in R.A. Shweder; R.A. Levine (eds.): *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 137-157.
- RUBIN, GAYLE (1989) "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad", in C. Vance (Comp.): *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Ed. Revolución, pp. 113-190.
- SALTZMAN, Janet (1992): *Equidad y género*, Madrid, Cátedra-Feminismos.
- STOLCKE, Verena (2003) "La mujer es puro cuento: la cultura del género", *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 19:69-95.
- TCHERKEZOFF, Serge (1993) "The illusion of dualism in Samoa: 'Brothers and sister' are not 'men-and-women'", in T. del Valle (ed.) *Gendered Anthropology*. Londres: Routledge & Kegan Paul, pp. 54-87.
- TCHERKEZOFF, Serge (2001) *Le Mythe Occidental de la Sexualité Polynésienne*. Paris: PUF.
- TENNOV, Dorothy (1979): *Love and Limerence: The experience of Being in Love*, New York, Stein and Day.
- TURNER, Bryan (1994) "Avances recientes en la Teoría del cuerpo", in C. Bañuelos Madera (coord.) *REIS-Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (Monográfico sobre Perspectivas en Sociología del Cuerpo), 68:11-39.